

LA CAIDA DEL FASCISMO



El mariscal Di Bono.

de continuar... Italia se nos va a pedazos, los soldados no quieren seguir combatiendo... En estos momentos es usted el hombre más odiado de Italia... Mussolini se limitó a recordar al Rey que estaba tomando una «decisión extraordinariamente grave»; pero no hizo ninguna resistencia. Estaba cansado, agotado y probablemente llegaba al momento más patético de su vida política con la sensa-

ción de una liberación. Mussolini se limitó a desear «buena suerte» para su sucesor y se retiró de la audiencia, creyendo que todo estaba concluido y que regresaba a su residencia. No era así. A la salida de la audiencia real, un oficial le enseñó una orden de detención por escrito; le condujo a una salida posterior y en ella le metieron en una ambulancia y le condujeron, simplemente, a una comisaría de policía.

A esa hora, el Rey ya tenía sucesor para Mussolini: el mariscal Badoglio. Personaje oscuro. Gran colaborador del fascismo. Mariscal desde 1925, había sido virrey de Etiopía, después gobernador general de Libia. En su haber, que se había manifestado contrario a la entrada de Italia en la guerra y que mantenía un odio profundo hacia los alemanes; probablemente, desde la primera guerra mundial, en la que había combatido contra ellos. Badoglio lanzó el mismo 25 de julio su primera proclama: «La guerra continúa. Italia, en el espíritu de su tradición, se mantiene fiel a la palabra dada». Lamentable fra-

se. Porque en ese momento todo el mundo, a partir del propio Badoglio, corría hacia los aliados para ofrecerles la paz: fascistas, militares, monárquicos...

«El gobierno de los cuarenta y cinco días»

Hitler tomó, en el espacio de dos días, cuatro decisiones importantes. La operación Eiche (roble), para liberar a Mussolini; la Student, que ordenaba la captura de Roma y el restablecimiento del fascismo; la Schwarz (negra), para ocupar enteramente Italia, y la Achse (Eje), para destruir enteramente la flota italiana. Sólo la primera dio resultado total. Una audaz operación dirigida por el comandante SS Oto Skorzeny (residente en Madrid desde el final de la guerra), consiguió la liberación de Mussolini, que después de numerosos traslados había sido conducido a un hotel de alta montaña en el Gran Sasso. Fue el 13 de septiembre: Mussolini llevaba cuarenta días detenido.

Mientras tanto, en Roma, sucedía el período histórico conocido con el nombre de «gobierno de los cuarenta y cinco días»: el de Badoglio. Este no cesaba de ofrecer a los alemanes pruebas de su sinceridad de continuar la guerra junto a ellos, mientras continuaba las negociaciones con los aliados. Grandi, el autor del «orden del día» en el Gran Consejo, había huido a Lisboa, pero no era escuchado. Se había dirigido especialmente a los Ingleses (Grandi había sido embajador en Londres). Pero éstos querían un interlocutor que no estuviese en fuga, sino que tuviese resortes de poder en Roma. Sin embargo, su acción sirvió para desorientar a los servicios de información alemanes: mientras éstos —dirigidos por el barón Von Rheinshaven, que aparecía como delegado de la Cruz Roja— vigilaban a Grandi, el emisario de Badoglio se ponía en contacto con los aliados. Era el general Castellano, que debía aparecer como un funcionario del Ministerio de Finanzas llamado Raimondi, destinado como agregado comercial en Lisboa. Pasó primero por Madrid, don-

ANTE «EL PROCESO DE VERONA», DE CARLO LIZZANI

La seriedad y el rigor histórico con que Carlo Lizzani enfocó los hechos que condujeron al proceso de Verona y el proceso mismo —que quedan analizados por mi compañero Juan Aldebarán— constituyen el primer dato positivo del film que ahora llega a las «salas especiales» de nuestro país. Se trata de una dramatización ejemplar del período decadente del fascismo italiano, centrada en el matrimonio Ciano, pero recogiendo simultáneamente toda la complejidad del momento político descrito. Junto al valor documental de la película, su «sabor a realidad», la propia anécdota dramática posee fuerza, llega al espectador como si de una obra de ficción se tratase. Difícil síntesis, que el cine italiano de los años sesenta («Salvatore Giuliano», de Rosi; «La larga noche del 43», de Vancini; «Los cuatro días de Nápoles», de Loy, entre otras) desarrolló en profundidad, desbrozando el camino para el «cine político» que surgiría a continuación.

Durante el rodaje de «El proceso de Verona» (1963), Lizzani declaraba que, más que sobre el marxismo, la base teórica del film reposaba sobre la fenomenología de Merleau-Ponty. Y, evidentemente, ese acercamiento fenomenológico al hecho histórico global es el que estructura la película una vez realizada, al acumular una serie de datos provenientes de diversas perspectivas en orden a una visión conjunta que es sometida a la consideración reflexiva del espectador. Por supuesto, la película juega de diferente manera según sea ese espectador, no ya cualitativamente, sino vivencialmente. Lo que para el

público italiano significa la reconstrucción de un momento de su trayectoria como ser histórico, para el de otros países viene a ser un escaparate, un mirador en el que contemplar algo con la distanciamiento de quien no lo ha sufrido en su propia carne. Ello constituye un «handicap» teórico del que —estoy seguro, viendo los resultados— fueron conscientes en su momento, tanto el guionista, Ugo Pirro (que más tarde trabajaría con Elio Petri), como el realizador, Lizzani. Para salvarlo, y tras un proceso de selección que resume en dos horas lo sucedido en varios meses, su trabajo se encaminó en el sentido de «dar carne» a los personajes, de hacerles actuar humanamente y no como simples protagonistas de un manual de Historia contemporánea. De esta forma, son seres vivos, contradictorios, débiles e impotentes ante una caída que los arrastra sin poder evitarlo. Hombres y mujeres que aspiran a ser naufragos de una situación, sin darse cuenta que la corriente es tan potente que no permite las tablas de salvación. Pocas veces como en «El proceso de Verona» ha quedado tan clara la consabida interrelación entre trayectoria individual y trayectoria colectiva, tan manifiesta la consideración del hombre como ser histórico en cuanto protagonista y víctima de la Historia, hecho al que no puede sustraerse por más que quiera. Ahí sí está Marx, ahí sí pone en juego Lizzani toda su construcción ideológica.

Edda Mussolini, esposa de Ciano, es quien con mayor voluntad intenta luchar contra corriente. «¡Todos es-

táis hablando continuamente de la Historia, pensando en ella! ¿Qué me importa a mí la Historia? Lo que me importa somos nosotros, nuestras vidas de ahora», le dice a su secretario con motivo del ocultamiento del diario de Ciano. Su fracaso en el intento por salvar a su marido le da la respuesta. Toda su vitalidad, su genio, su fuerza personal (dadas en una extraordinaria, asombrosa interpretación de Silvana Mangano), no le sirven para nada. El fusilamiento de los cinco principales encartados en el proceso —en una secuencia tan sobria como estremecedora, gran acierto de Lizzani— es la contestación a su «fuera de juego», a su empeño de ser David sin la protección divina.

Ejemplo de cine adulto, de cine consciente de su responsabilidad cultural y política cara a la sociedad en que se desarrolla, «El proceso de Verona» forma, con «Achtung, banditi!» (1951) y «Cronache di poveri amanti» (1954), la trilogía —centrada toda ella en el período fascista— del mejor cine de Lizzani, año tras año encaminado a realizar obras de encargo, ausentes —salvo «Frente al amor y a la muerte», 1965— de cualquier toque decisivo de personalidad. Como tantas obras importantes, nosotros vemos «El proceso de Verona» con nueve años de retraso, cuando su formulación estética, su planteamiento dialéctico, han sido enriquecidos por films posteriores, que quizá veamos dentro de otros nueve años. Resulta muy difícil avanzar así. Porque es otra manera de sustraerse a la Historia, de morir fusilados sobre una silla de tijera. ■ FERNANDO LARA.



Ciano, interpretado por Frank Wolff en «El proceso de Verona».

de se entrevistó con el embajador sir Samuel Hoare; pero el gran bloque de sus conversaciones se desarrolló en Lisboa, con el embajador británico sir Ronald Campbell. Las conversaciones se extendieron finalmente a Argel, a Londres y a Casablanca, en Siracusa. Inútiles, por otra parte. Los aliados —especialmente los americanos— oponían una decisión firme: rendición sin condiciones. No tuvieron los italianos más solución que aceptarla el 3 de septiembre: fue el «Armisticio de Cassibile». Fue oportuno. Poco después, el general Eisenhower mostraba en Mal-